

Iglesia Nuestra Señora del Sagrado Corazón



El incierto futuro del patrimonio edificado de Medellín

FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR

Es una belleza cómo tumban hoy una casa. Viene la retroexcavadora y con su “pluma”, que es un brazo con mano, le hacen una caricia a un muro bicentenario y ¡tas! Lo derriba. ¡Tas! Le acaban de dar su caricia a la fachada del Cojo Vélez: se levanta un polvaderón, pasa un tiempesito, se asienta el polvo, ¿y qué ven? Nada [...] Y casa tumbada, edificio levantado. Laureles, antiguo barrio de casas, hoy es una jungla de edificios.

Fernando Vallejo, *Casablanca*

LUIS
FERNANDO
GONZÁLEZ

Desde la última década del siglo xx, las sucesivas administraciones de Medellín han intentado una renovación urbana que ha implicado un notable esfuerzo y una alta inversión económica, bajo el supuesto de ser el soporte de una gran transformación social. Esto condujo, entre otros aspectos, a la construcción de obras arquitectónicas y urbanísticas —especialmente de espacios públicos— de enorme significación, en tanto las comunidades se apropiaron de ellas más allá de su propio valor arquitectónico, como ocurrió con la biblioteca España en el barrio Santo Domingo Savio y con los demás parques bibliotecas, o con el Orquideorama en el



Escaleras del Edificio de Bioquímica de la antigua Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia

Jardín Botánico, el Parque de los Deseos y el de los Pies Descalzos, la Plaza de la Luz o de Cisneros, el Paseo Urbano Carabobo, entre muchas otras obras significativas y fundamentales en términos de la educación, la cultura, los espacios verdes y recreativos, la arquitectura institucional o deportiva. Punto aparte son las críticas que podamos hacer a la concepción formal y espacial de estas obras; lo construido trajo consigo el prestigio, la valoración y el reconocimiento internacional, traducido en diversos premios para los arquitectos y los administradores locales, así como en la exportación de una forma de concebir, planear y ejecutar obras, que incluso terminó por considerarse un supuesto y tal vez mal concebido “modelo Medellín”, como algún día lo fue el “modelo Barcelona”, del que alguna manera es heredero el primero.

En medio de este frenesí renovador, del apabullante mirar hacia el futuro, de

considerar unas arquitecturas que apostaban por la originalidad y la contemporaneidad —algo de cierta manera pretencioso e ingenuo—, ¿se pensó en la memoria y el patrimonio construido? Tal vez la respuesta es agrídulce: un poco más que ayer pero todavía no lo suficiente como para que esa valoración de la arquitectura histórica fuera elemento relevante en la nueva concepción urbano-arquitectónica de la ciudad, y sumara de manera decidida a la configuración de esa imagen singular y renovada de la ciudad que se pretendía proyectar.

Y no se trata de desconocer algunos esfuerzos, pues en las dos últimas décadas se han marcado hitos relevantes. ¿Quién puede dudar de la manera como los antiguos Talleres Robledo se salvaron de la desaparición del paisaje urbano de Medellín, en contraste con el resto de la arquitectura industrial de sus alrededores, que dio paso a proyectos como el larguísimo “barcolombia” —edificio de arquitectura bancaria que popularmente se conoce así— y la insípida arquitectura doméstica del plan parcial de Simesa, una gran suma de vacuidad urbana y exitosa y millonaria operación inmobiliaria? Si bien el reciclaje de los Talleres Robledo y su conversión en el Museo de Arte Moderno pueden considerarse la cereza cultural que requería el famoso Plan Parcial para contrarrestar la insipidez y darle cierto buen gusto cultural a la torta inmobiliaria, la intervención arquitectónica fue adecuada y coherente, en tanto respetó la imagen y la memoria de la fachada, mantuvo la escala de muchos aspectos de su espacialidad y su materialidad interior, y las nuevas formas y materialidades incorporadas, lejos de competir con la parte antigua, la complementan y enriquecen. Sin ninguna duda, el Grupo Utopía —Patricia Gómez, Jorge Mario Gómez y Fabio Antonio Ramírez— acertó en este proyecto de intervención que se inauguró en 2009.

También se podría considerar como un hecho exitoso, en términos de salvar antiguas estructuras y reincorporarlas a la vida urbana, la recuperación de los

edificios Carré y Vásquez en el antiguo barrio Guayaquil. Aquellas dos edificaciones gemelas, obras complementarias del hace tiempo desaparecido mercado cubierto, diseñadas por el arquitecto francés Charles Carré e inauguradas hacia 1894, son el testimonio de la transición moderna de Medellín, cuando la villa de tapia y bahareque comenzó a quedar atrás y pasó a configurarse con una arquitectura historicista de ladrillo que determinó la imagen urbana de la incipiente ciudad de fin de siglo. Después de muchos años de abandono, de proyectos fracasados, de pedidos de demolición y aun de incompreensión o negación de su valor patrimonial, fueron transformadas en dos sedes institucionales, configurando el marco oriental de la Plaza de la Luz o de Cisneros, a la que le aportan una presencia singular por sus condiciones materiales y sus características espaciales y formales, pero fundamentalmente por una densidad histórica que enriquece la renovación urbana de este sector; algo que contrasta con la fachada occidental, en donde, a cambio del demolido Pasaje Sucre, se construyó la biblioteca EPM, cuya propuesta arquitectónica le restó a la plaza sus características históricas y de memoria urbana, desde cuyas fachadas se evocara el vacío dejado por la antigua plaza de mercado de Guayaquil.

Hay que reconocer que en las dos últimas décadas ha existido cierta pre-ocupación de las administraciones por el patrimonio inmueble. Ya no se trata de esfuerzos solitarios, como el que emprendió la Fundación Ferrocarril de Antioquia a finales de la década de los ochenta del siglo xx con la Estación de Guayaquil, cuando la ciudad llevaba décadas de demoliciones y muy pocos se interesaban por su arquitectura histórica. A partir de 1992, cuando se inauguró la primera etapa de la intervención de la estación del Ferrocarril de Antioquia, se han restaurado obras como el Parainfo de la Universidad de Antioquia —iniciada en 1968, con una primera etapa terminada en 1993 y un proceso posterior culminado en 1999—,

el Puente de Guayaquil (1997), el antiguo Palacio Municipal, transformado en sede del Museo de Antioquia (1998), el antiguo edificio de la Gobernación de Antioquia o Palacio de Calibío (entre 1987 y 1999), el Club Edad Dorada (2006), el teatro Lido en el Parque de Bolívar (2007), la antigua Escuela de Derecho de la Universidad de Antioquia (2007), la Casa Barrientos (2008) o el edificio de Morfología de la Facultad de Medicina de la misma universidad (2011), para mencionar solo algunos edificios representativos.¹

Ahora se está avanzando en la restauración de la Casa Zea, discutido y controversial bien patrimonial, el primero declarado en la ciudad, en 1954, cuando los próceres independentistas aún determinaban el criterio para la declaratoria de un monumento. Por años fue una casa abandonada en esa esquina de Boyacá con Tenerife. Solo las placas de bronce y mármol en su fachada les recordaban a los transeúntes interesados que era la supuesta casa donde nació un tal Francisco Antonio Zea. Una acción popular obligó a que se interviniera con recursos del Ministerio de Cultura, y muy seguramente será a futuro una sede cultural de la comunidad en el centro de la ciudad, como lo sería para el barrio Robledo la antigua casa de los baños de El Jordán si es intervenida, como se supone que se hará. O como tal vez ocurra con la antigua casa de

Ese acto de derrumbar la vieja ciudad para crear la nueva geografía urbana modelada por los excedentes de capital, en términos de David Harvey, está signado por una violencia simbólica y real, pues implica expulsión, desposesión y desplazamiento.

Pastor Restrepo, en la esquina suroccidental del Parque de Bolívar, si el municipio logra negociarla y comprarla a los actuales propietarios, para convertir la osterería y la pensión que hoy la ocupan en una edificación que nos permita exaltar sus calidades y cualidades arquitectónicas, y dimensionar de mejor manera su valor histórico y de memoria, luego de casi ciento cincuenta años de haber sido construida por el jardinero y arquitecto autodidacta Juan Lalinde.

Visto este ligero inventario de obras intervenidas en poco más de veinte años, tal vez se podrían lanzar campanas al vuelo por los notables avances en el respeto y recuperación del patrimonio, frente a la incompreensión, desidia e incluso animadversión por toda edificación que diera muestra de vejez, así fuera prematura, que predominaba en la ciudad en décadas anteriores. Pero no hay tal. Las acciones más recientes no se deben a grandes cambios en la percepción que los sectores dominantes de la ciudad tienen del patrimonio en cuanto a lo político, lo económico o lo social, sino a la lucha planteada por algunos sectores que, por ejemplo, no dejaron que la casa Barrientos fuera barrida para levantar una nueva, lustrosa y rentable torre de vidrio y cemento, que no hubiera aportado nada interesante ni novedoso, como sí lo hace la Casa de la Lectura Infantil, un oasis en el centro, así algunos vean su restauración como un gesto romántico o pintoresco. Todavía estas acciones son criticadas e incomprendidas. Aún resuena en el aire “la furia de Aguirre”, que señalaba en estas intervenciones una pretensión de dotarnos de una falsa alcurnia o abolengo que no tenemos, mientras otros las ven como retrógradas y conservadoras, o los demás las siguen viendo como una manera de impedir el progreso y el desarrollo urbano, el cual se logra, según ellos, demoliendo y construyendo cosas nuevas y modernas.

Algunos más avanzados siguen considerando que es suficiente con mantener algunos ejemplos sobresalientes de esa arquitectura. Los más progresistas alcanzan

a comprender que restaurar edificaciones es una posibilidad de sumar elementos a la singularidad histórica, que sirvan al marketing de la ciudad, a la oferta turística o a la industria cultural y que, por tanto, sean una contribución a la nueva economía urbana.

Obviamente, esta forma de ver y concebir el patrimonio implica mantener los símbolos de poder político, religioso, económico y social. Se trata de una visión que exalta el edificio aislado, esto es, la idea decimonónica europea del monumento que aún determina nuestra composición del paisaje urbano. En casi todas esas intervenciones, con pocas excepciones, importa el contexto o el tejido urbano aledaño donde están insertos los monumentos, de ahí que se restaure la Casa Zea, ¿pero a quién le importa la Calle Boyacá —la antigua Calle Real— y por extensión la plaza de Zea y el barrio San Benito?; nada de lo que sea contextual es visto como necesario. A pesar del reciclaje de los Talleres Robledo, la ciudad que se preció de ser la capital industrial no mantuvo importantes ejemplos de este tipo de arquitectura, con sus diferentes momentos y tipologías, pese a extraordinarios y logrados ejemplos, como el caso de la Harinera de Antioquia o, más recientemente, Fatelares o Pantex, para mencionar solo unos pocos casos. Se puede conservar el edificio de la Naviera, pero el resto de la arquitectura comercial naufraga en la indiferencia. Quizá se podría conservar el antiguo edificio de Bancolombia, en el cruce de la carrera Bolívar con la calle Boyacá, ¿pero a quién le interesa toda la obra arquitectónica, incluyendo la hermosa carpintería metálica, los trabajos en bronce y otros aspectos decorativos, del conjunto de arquitectura bancaria, hoy en un proceso de deformación que pareciera inevitable?

Salvo los habitantes expulsados, pues incluso los propietarios ausentes lo ven como una redención, a pocos les importa que caigan demolidos barrios enteros y buena parte del tejido urbano de Medellín. A no ser un escritor indignado como Fernando Vallejo, quien en uno de sus



Antiguo Palacio Departamental, hoy Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe



Edificio de la antigua Harinera de Antioquia, calle Pichincha con carrera 56



Casa ubicada en la esquina de la calle Pichincha con la carrera 42



Bloque de Bioquímica de la antigua Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia



Antigua sede de los Talleres Robledo, hoy Museo de Arte Moderno de Medellín

Salvo los habitantes expulsados (...) a pocos les importa que caigan demolidos barrios enteros y buena parte del tejido urbano de Medellín.

alegatos literarios, *Casablanca*, memoriza la rápida operación demoledora del barrio Laureles por parte de los operadores inmobiliarios y los constructores, quienes se apoderaron de las calidades urbanísticas, ambientales y paisajísticas de estos barrios construidos en la década de los cuarenta, para implantar un nuevo y denso paisaje urbano, aun a costa de saturar y destruir lo que se supone es el valor agregado que les venden a los futuros habitantes. Es algo que en términos de David Harvey se llamaría, de manera paradójica e irónica, una “destrucción creativa”.

Otros barrios o sectores urbanos no tienen la fortuna de contar con un notario literario y desaparecen sus tejidos, casas, rastros y memorias, casi con los mismos argumentos con los que el Barón de Haussmann o el escritor

Théophile Gautier justificaban a mediados del siglo XIX la demolición de los barrios viejos de París en nombre de la salubridad, el tránsito y la posibilidad de contemplar los monumentos, como nos los recuerda Françoise Choay.

Ese acto de derrumbar la vieja ciudad para crear la nueva geografía urbana modelada por los excedentes de capital, en términos de David Harvey, está signado por una violencia simbólica y real, pues implica expulsión, desposesión y desplazamiento, aparte de la gran desmemoria urbana por la pérdida de referentes, elementos simbólicos, lugares de encuentro y condiciones de habitabilidad, así como de procesos técnicos, de materialidades y de la gran energía desplegada por la sociedad que la construyó. Basta mirar lo ocurrido en las calles Bolivia, Giraldo, Perú y todas las vías aledañas al parque del barrio Boston, donde esa geografía urbana y su paisaje pasaron de las generosas casas de fines del siglo XIX y principios del XX a ser dominados por torres de apartamentos diminutos donde escasea el espacio, que compiten por rentabilizar aún más ese suelo urbano donde fueron implantadas con insipidez e intrascendencia arquitectónica.

Nada salva a los barrios de la destrucción creativa, pues el modelo urbano implementado desde 1999 por el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) de Medellín es el de crecimiento hacia adentro. Esto implicó implosionar la ciudad antigua, o lo que quedaba de ella, lo cual se extiende a los barrios tradicionales. Una política urbanística que, para motivar el reemplazamiento del centro, le entregó a los constructores generosas excepciones y estos, ni cortos ni perezosos, demolieron todo lo que fuera permitido, para sacar el máximo rendimiento de los índices de construcción, ocupación y edificabilidad. Nada de remilgos para barrer esas casas viejas, infectas o ruinosas que supuestamente eran un problema para los propietarios y la administración municipal, y que solo llorarían los anticuarios o los románticos

patrimonialistas. Esto también ocurrió con obras públicas como el corredor del Tranvía de Ayacucho, un eje histórico que fue transformado dramáticamente y sin contemplaciones, en donde primó, como en proyectos de intervención anteriores —desde el Paseo Bolívar en los años sesenta hasta el Paseo Urbano de Carabobo, pasando por el viaducto del Metro—, la vialidad sobre un verdadero urbanismo que incluyera el conjunto urbanístico aledaño.

No se pudieron salvaguardar estos sectores del tejido urbano ni siquiera con la formulación del Plan Especial de Protección del Patrimonio Cultural Inmueble del Municipio de Medellín (PEMP), aprobado en 2009.² En primer lugar, porque dicho plan fue tardío, pues el POT se aprobó en 1999 y solo diez años después el PEMP, y desde antes de ser aprobado el primero, los constructores tenían licencias legalizadas, las siguieron teniendo hasta la aprobación del PEMP, y aun después de aprobado siguieron demoliendo, pues este instrumento poco o nada pudo hacer para poner en cintura el ordenamiento territorial y compatibilizarlo con un patrimonio contextual poco considerado. Pese a sus buenas intenciones, o a la búsqueda de nuevos planteamientos sobre las áreas cívicas y representativas, los equipamientos e infraestructuras, los corredores de articulación o los espacios verdes, y a pesar de incluir algunos barrios y sectores de valor patrimonial y de preservación urbanística, este instrumento en pro del patrimonio no avanzó mucho, y su mayor logro, luego de cinco años de vigencia, es mantener el listado de los veinticinco Bienes de Interés Cultural Nacional (BIC-N), con sus zonas de influencia, y los cien de orden municipal, con lo que volvemos al redundante tema del monumento excepcional como máxima aspiración y mayor logro patrimonial urbano.

Una visión de ciudad considerada desde la suma de los monumentos y sin logros concretos en la preservación de sectores de valor patrimonial urbano de arquitectura doméstica, pues muchos no fueron

considerados, delimitados o reglamentados, y en los sectores incluidos, como los barrios Prado, Boston, Belén, Los Ángeles o Laureles, no se implementó la política de revitalización; por el contrario, se avanza en su destrucción barrial, ya de manera ladina, como en Prado, o en forma descaradamente abierta, como en Laureles, pues la normativa no es clara ni taxativa, por lo cual los curadores urbanos la interpretan no en beneficio de la ciudad y el patrimonio, sino de los constructores y los intereses inmobiliarios que son, en últimas, los mismos suyos.

Muchas de las normas incluidas no fueron reglamentadas o desarrolladas, a lo que se suma que el patrimonio no tiene institucionalidad propia, es decir, no hay un organismo estatal que vele por él, que lo analice y proponga políticas urbanas o de intervención, o que haga mediciones y logre que su aporte a la economía de la ciudad sea reconocido; un organismo que, de igual manera, incentive la promoción de este patrimonio, desarrolle la pedagogía que se proponía inicialmente, y que, en fin, le haga frente a quienes no lo consideran importante sino un estorbo para el desarrollo y la modernización de la ciudad. Hoy el patrimonio está en manos de algunos funcionarios, de su buena voluntad y ética, lo cual nunca ha sido suficiente, menos frente a la rapacidad de quienes ven en el patrimonio un impedimento para sus propios intereses.

La experiencia ha demostrado
qué es lo que se ha hecho
con el tejido barrial, como
dramáticamente lo describe
Vallejo en *Casablanca* y lo viven a
diario los habitantes.

Como si todo lo anterior no fuera suficiente, desde meses atrás los gremios interesados en el suelo urbano más que en lo históricamente construido iniciaron una labor destinada a romper con la poca normativa que aún sirve como freno al ímpetu de la destrucción creativa. Cuando Camacol, La Lonja y la Cámara Colombiana de la Infraestructura, acompañada de los gremios profesionales de la arquitectura y la ingeniería de la ciudad, invitaron en mayo de 2013 a un evento denominado Patrimonio Histórico y Ciudad, creímos que la sensibilidad y el respeto por la historia y la memoria urbana habían tocado a estos sectores de poder. Luego de malgastar el descanso sabatino en ese evento, comprendimos con decepción que con él se quería dar un aire académico y una pretensión de participación comunitaria al ataque sistemático que emprendieron contra los pocos logros del PEMP, y especialmente a las zonas de influencia de los BIC-N. Con tesis peregrinas como que ese control sobre las áreas circundantes a los bienes patrimoniales vulneraban la propiedad privada y sus derechos, o que no se podía patrimonializar todo —como si Medellín lo hiciera—, o que el agotamiento del suelo para la construcción obligaba a liberar esos suelos para la construcción y cumplir con la posibilidad de que los propietarios rentabilizaran el suelo, sacaban como conclusión que se debía revisar la reglamentación. Desde entonces, el ínfimo 3.2% de suelo bajo protección urbanística es motivo del ataque de los gremios de la construcción en el proceso de revisión del POT que se adelanta en la ciudad de Medellín.

En el “proyecto de ciudad 2014-2026”, del denominado Comité Intergremial de Antioquia, lo histórico es más un adorno que una argumentación. En términos de lo patrimonial se plantea revisar la normativa por su supuesta inadecuación a la realidad, por el exceso de concentración patrimonial en el centro de la ciudad; igual, se considera que no hay voluntad política, recursos financieros y la capacidad de gestión para



Claustro Comfama San Ignacio



Puente Guayaquil



Edificios Carré y Vásquez, en el sector de Guayaquil



Catedral Metropolitana de Medellín

atender ese patrimonio. En el documento también se critica el carácter “conservacionista” dado al tratamiento del patrimonio en la ciudad, el desequilibrio que existe entre derechos y deberes de los propietarios de bienes declarados como tal y la distancia entre principios y realidades. Todo lo anterior para llegar al concluyente diagnóstico de que la declaratoria como bien patrimonial es una desgracia.

Buena parte del diagnóstico planteado en el documento puede ser cierto, pero las conclusiones y las propuestas se redireccionan, no para comprender y plantear una nueva política patrimonial en beneficio de la calidad de vida de los habitantes, sino en contra de la misma y en beneficio de los intereses inmobiliarios. Fundamentalmente se centran en los supuestos problemas de las áreas declaradas alrededor de los bienes y no en una nueva visión comprensiva que incluya la habitabilidad urbana, pues el barrio, señalado como “seña de identidad”, no se considera desde una



Iglesia de La Veracruz




Casa Medina. Sede del Teatro El Águila Descalza



Patio de la antigua Escuela de Derecho de la U. de A.

perspectiva patrimonial y, por el contrario, se plantea como un hecho funcional e instrumental al ser propuesto como base del ordenamiento territorial.

La experiencia ha demostrado qué es lo que se ha hecho con el tejido barrial, como dramáticamente lo describe Vallejo en *Casablanca* y lo viven a diario los habitantes. Ya veremos los resultados en dos sentidos: por un lado, el territorio aledaño a los BIC-N se encoge como piel de zapa, acentuando su monumentalidad e individualidad, y por otro lado el tejido urbano barrial queda a expensas de la “destrucción creativa” que, en últimas, es la manera como el capital financiero y el sector constructor e inmobiliario modelan y perfilan la geografía y el paisaje urbano de nuestras ciudades, en este caso la Medellín innovadora. ¡Bienvenidos al futuro urbano! 

.....
Luis Fernando González Escobar (Colombia)
 Profesor Asociado adscrito a la Escuela del Hábitat,
 Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de
 Colombia (sede Medellín).

Notas:

¹ En estos años se adelantaron otras intervenciones, como la Casa Medina, transformada en sede del Teatro el Águila Descalza, o la preservación del Pequeño Teatro, pero esto no corresponde a políticas públicas sino a proyectos privados y de carácter cultural. De igual manera, se han adelantado intervenciones en varias iglesias de la ciudad, como la Catedral Metropolitana, la Candelaria, la Veracruz o la de San Antonio, pero tampoco pertenecen al ámbito de las políticas públicas, así hayan recibido recursos oficiales. Otro tanto se puede decir del proyecto de intervención del antiguo colegio de San Ignacio, hoy sede de una caja de compensación familiar (Comfama), o del Hospital San Vicente de Paúl, uno de los ejemplos de mayor escala y de más tiempo en el proceso restaurativo.

² Acuerdo Municipal, Medellín, núm. 23, 29 de abril de 2009.